



# JACLR

*Journal of Artistic  
Creation & Literary  
Research*

*JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research)* es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid, revisada por pares, en texto completo y acceso abierto. La revista, publicada y editada por estudiantes recién graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes se eduquen en el proceso de edición de una revista científica al tiempo que se integra innovación educativa y artística con el fin de promover los trabajos de creación de los estudiantes. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos, de forma que estos pueden ser publicados en otros lugares.

---

**Volumen 2 Número 2 (Diciembre 2014)**

**Lucía Cotarelo Esteban  
"Lesión"**

---

#### **Recommended Citation**

Cotarelo Esteban, Lucía. "Lesión" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 2.2 (2014)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

This text has been blind peer reviewed by 2+1 experts in the field.

---

Lucía **COTARELO ESTEBAN**

#### **Lesión**

Bajo la luz amarillenta de un flexo vas sacando cuidadosamente los puntos de la tela con unas pinzas metálicas. Poco a poco, a base de movimientos leves, la falda infantil se va deshilachando hasta yacer en tus manos no una sino cientos, miles de veces; y cuando logras hacer un montoncito de hilos, entierras en él tus dedos con un inmenso placer, y es como si cerraras los ojos y extendieses el brazo sobre tu cabeza, y dejaras que fuera acariciada por un céfiro *infernal*. Lo exhalas por la boca, lo respiras del ambiente, lo buscas a tientas desprenderse de su cuerpo inocente y tierno: el calor de la agonía que tú traduces en poder, el tacto de la desgracia que se configura dicha enloquecedora en tu piel de vidrio, vidrio desgastado.

El hombro de la niña sabría a salitre, después seguramente a ciruela o nectarina. Pronto tomaba y abandonaba los pequeños instrumentos y cambiaba de juego. Sus manos inquietas se posaban en nuevos horizontes, centelleaban ante el reclamo de nuevas texturas, temperaturas y sensaciones. La pala y el cubo aguardaban sobre la arena, mientras su pelo iba a enredarse entre las olas, en nuevas diversiones de algas y corales. Cuando pasas junto al lugar que acaba de ser zona de recreo de la niña, dejas a tu hijo en la arena y sostienes sus manos llenas de crema y sal en lo alto para ayudarlo a caminar. Sus rodillas ceden pronto, y en juego suave de arriba abajo dame las manitas le dejas caer sobre la toalla de la niña. Al agacharte para volver a ponerlo en pie disculpándote con su madre, acaricias la tela que más tarde envolverá su cuerpo pálido, ardiente por el sol.

Los pliegues de la falda infantil ofrecían un vuelo leve sobre sus rodillas, una suerte de cabriolas y juegos envueltos en telas. Aquella fue la primera vez que la viste, una tarde de finales de marzo, años atrás. Salía de su escuela, despeinada y con el lazo medio caído, con el cuello de la camisa arrugado y encogido por el tirante de la falda tableada. En sus manos sostenía todo, su pequeño mundo. Al correr por el recibidor, una de las mangas del jersey que llevaba en la izquierda se cayó, y comenzó a arrastrarlo por el suelo; pronto le siguió el resto, y una vez ya en las escaleras, su cajita roja de plástico, cargada de lapiceros de colores se abrió, y todo el repertorio saltó por el aire en un abanico irisado. Escuchó detenida el caer de todos sus lápices rodando escaleras abajo. Sus brazos colgaban a ambos lados de su cuerpo, imperturbables, pero sus frágiles manos aún sostenían, con sus dedos bien aferrados, la cajita abierta, desdoblada y vacía. Repuesta del asombro, se agachó para dejar sus cosas sobre el suelo, y con sus palmitas abiertas comenzó a palpar en busca de sus colores. Te acercaste a ella y recogiste algunos de los que se hallaban en los últimos peldaños, y sin decirle nada los dejaste sobre el estuche. Cuando ya te alejabas, notaste cómo ella se giraba hacia ti, percibiendo el sonido suave de tus pasos alejándose.

El paseo marítimo está bien. Corre el aire. Está mejor. Horizonte, baldosa, perro corriendo, está mejor, respira, tienes que tranquilizarte... no ibas a hacerlo ahora, ¿no?, respira, bicicleta, otra bicicleta, otra bicicleta más pequeña, lo haré despacio, cuidadosamente, si, poco a poco, si. Esta es la definitiva. Necesito tenerla... Bicicleta, metal brillante de la barandilla. Shhh... duérmete un poco en mis brazos, a la sombra se está mejor ¿a que sí?, mi niño, cierra los ojos y yo te lo cuento todo para que no te pierdas nada... te cuento el tornasol y el bermejo... yo te cuento la mandarina nevándose, shhh... sobre el mar... yo te cuento después el cesto de mimbre vacío dejando que se filtren las perlas del fondo, aljófares pequeñitos como tu nariz... y después le dejamos, vamos, ya está... le dejamos tener su lugar en el medio al aljófara más grande, que hace una trenza de cobre en el agua, una trenza fina, fina... y nos vamos a dormir.

Bajo la luz amarillenta de un flexo se ampara el desgastado vaso de vidrio, surcado por finas grietas verticales. Toda la vestimenta inocente busca envolverla del mismo modo, aplacar los vestigios de la edad corrompida y darle seguridad, aunque persista el conocimiento de este engaño. Los pequeños encajes blancos rodean su cuello y sus muñecas, ya curados de dolor, pero no olvidadizos. Y tras los lánguidos y delicados movimientos de sus manos se esconden el temblor y una serie de gestos repetidos codificados para siempre en ellas. La mente trata de olvidar y a veces lo logra, pero en los grandes desafíos deja cabos sin atar, y al igual que la mente, el cuerpo recuerda. A veces incluso el cuerpo rescata cosas que la mente ha sepultado, y nos ofrece vagos ademanes que no podemos comprender.

Sus brazos y piernas son extensiones aparentemente ajenas a ella, unidas por frágiles articulaciones que podrían quebrantarse con solo rozarlas con los dedos. Cada una de sus extremidades parece estar soldada al tronco de forma artificial, y cuando las balancea al caminar diría que van a desengancharse. Todos sus movimientos son comedidos y breves, realizados casi con miedo, como si realmente sospechara que de alargar demasiado su brazo, éste fuera a perderse para siempre más allá de donde ella pudiera encontrarlo. Prefiere permanecer retraída y rígida, a la espera de un estímulo exterior que le indique que es seguro moverse, porque sabe que este mundo no está hecho para ella.

Otros días solías observar la arena humedecida sonando a duna golpeada por el viento cuando ella la removía con la pala de plástico dentro del cubo. Del movimiento de sus manos nacía todo, una geografía moldeada suavemente, un paisaje humano que recorría, y con ella se iba deshaciendo. Iba recogiendo el mundo hecho pedazos, no uno sino cientos, miles de pedazos.

**Perfil de la autora:**

Lucía Cotarelo Esteban estudió el Grado en Español: Lengua y Literatura por la Universidad Complutense de Madrid, obteniendo la mención en la especialidad de Literatura Española. Durante el curso 2013-2014 estudió el Máster en Literatura Española por la misma universidad, colaborando como becaria del ministerio en el Departamento de Literatura Española II. Actualmente comienza sus estudios de doctorado en Lengua Española y su Literatura, siguiendo líneas de investigación similares a las que ya emprendió en sus trabajos de Fin de Grado y Fin de Máster, dedicadas al estudio de la poesía española de la Edad de Plata en su proyección en el destierro estadounidense de 1939.

**Contacto:** <luzia\_cotarelo@hotmail.com>